

Editorial

Repensando la sociología latinoamericana

Alexis Cortés¹ y Juan Jesús Morales²

Coordinadores Dossier: Repensar la sociología latinoamericana

Revista Temas Sociológicos, N°21, 2017.

El presente número de la revista chilena de sociología *Temas Sociológicos* está dedicado al tema “Repensar la sociología en América Latina”. Como coordinadores de este dossier creemos pertinente reflexionar sobre el estado actual de la disciplina en la región como una interesante oportunidad de observar el proceso de construcción institucional, teórico y profesional de esta ciencia. Además, este ejercicio de convertir el propio trabajo académico e intelectual en objeto de estudio es, por cierto, una característica central o marca de registro, si se quiere, de la propia constitución de la sociología latinoamericana. Pensemos por ejemplo en los iniciales trabajos de Roberto Agramonte, Gino Germani o Alfredo Poviña, escritos entre los años 40 y 60 del pasado siglo, los cuales sirven como buenos ejemplos de autoobservación sobre el tránsito desde los estudios sociológicos nacionales hacia una mayor sensibilidad por formulaciones teóricas de alcance regional (Agramonte, 1963; Germani, 1964; Po-

1 Dr. en Sociología, IESP-UERJ, Brasil. Académico del Departamento de Sociología de la Universidad Alberto Hurtado. Contacto: cortes.alexis@gmail.com.

2 Dr. en Sociología, Universidad Complutense de Madrid, España. Académico de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica Silva Henríquez. Contacto: jmoralesma@ucsh.cl

viña, 1941 y 1959). No obstante, la gestación de la propia idea de “sociología latinoamericana” fue fundada como tal a mediados del siglo XX, al calor del desarrollismo como un campo de investigación regional y como un proceso de producción de ideas, categorías y teorías. También significó para la socióloga y el sociólogo asumir una nueva actitud, más científica, pero igual de comprometida políticamente con los problemas concretos. Por tanto, repensar la sociología en América Latina nos obliga a volver a tener en cuenta las tradiciones propias de pensamiento, como nos compete el detenernos en el particular contexto económico, político y social de la región.

En efecto, el actual horizonte político es, a todas luces, menos alentador para América Latina de lo que fue durante los primeros años del siglo XXI. La dramática caída del precio de las materias primas —principal sostén de las políticas distributivas de los gobiernos progresistas— y la crisis financiera global iniciada en 2008 redujo la actividad económica de los países de la región. En consecuencia, aumentó la inflación y se elevó el descontento ciudadano, lo que motivó un giro electoral hacia gobiernos conservadores y de derecha. Si bien el llamado ciclo progresista implicó una recuperación política de proyectos regionales, a nivel disciplinario no solo se cuestionó su capacidad para superar los viejos desafíos (como el neoextractivismo o el populismo, por ejemplo), sino que también la propia validez de una noción como la de América Latina. Por tales motivos, nos resultaba interesante saber si, ante este nuevo contexto, seguía teniendo sentido preguntarse por las posibilidades de una sociología que se piensa desde y para la región. En la medida en que creemos que aún está pendiente la tarea de establecer un balance teórico que dé cuenta de cómo el ciclo político del continente, que hoy vive sus estertores, se ha expresado intelectualmente en un ciclo reflexivo que permita la renovación de autores, categorías y conceptos para comprendernos, podemos afirmar que estas posibilidades están más abiertas que nunca.

¿Cómo repensar la sociología latinoamericana, además, desde los desafíos autorreflexivos que proponen las propias ciencias sociales? Desde hace algunos años se han consolidado posiciones que aserveran la existencia de determinados obstáculos epistemológicos que han impedido la consolidación de una teoría que desde América Latina contribuya al desarrollo de una sociología con pretensiones universales (Chernilo & Mascareño, 2005). Es lo que Chávez y Mujica (2016) han denominado como la primacía del “discurso identitario” en la sociología latinoamericana, una inclinación a pensar hacia o en relación a lo que nos falta para aproximarnos a un determinado modelo virtuoso. La búsqueda de inducción de la modernidad o de aceleración de sus procesos habría perfilado esta matriz de pensamiento que terminaría por sociologizar y, por ende, extender el discurso identitario en nuestro campo. En este sentido, existiría una vocación por producir una teoría propia, auténtica y no disociada de su realidad, que terminaría por revelarse como un obstáculo, ya que *“nunca se llega a plantear con la radicalidad y abstracción suficientes el dilema de cómo producir sociología del tipo genuinamente epistémico (es decir, que permita clarificar al nivel teórico más elaborado posible en qué consistiría un conocimiento sociológico latinoamericano con genuina pretensión de universalidad)”* (Chávez & Mujica, 2016, p. 117).

Aunque puede ser extremadamente productivo repensar la sociología latinoamericana en términos de sus posibles obstáculos, en dirección contraria a los autores citados asumimos que perfilar una sociología que desde América Latina contribuya al bagaje sociológico universal solo es posible en la medida en que la disciplina se haga cargo de la relación particular con sus ideas sobre lo que se considera como específico de la región. De hecho, tal como muestran los textos aquí publicados, en nuestra tradición sociológica existen elementos, conceptos y perspectivas que pueden ser rescatados para repensar nuestro propio quehacer y nuestra manera de comprender nuestra realidad. De hecho, tal como afirma Antonio Brasil Jr. (2013), los clásicos de nuestra sociología,

como Gino Germani o Florestan Fernandes, tuvieron la virtud de elaborar teorías tan creativas como propias a partir de la traducción crítica de las teorías de la modernización, convirtiendo las especificidades históricas de nuestras sociedades en la fuente principal de sus síntesis teóricas.

Asimismo, creemos necesario tematizar la idea que caracteriza a la sociología latinoamericana como una “sociología de la incompletud”, es decir, como una disciplina que pone el acento en la ausencia, en lo que falta o en lo que se desvía de lo moderadamente deseado. Tal como fue señalado en un trabajo anterior:

La pregunta que inmediatamente cabe hacernos: cuando hablamos de incompletud, ¿hablamos de un déficit de la realidad o un déficit de la teoría? En mi opinión, los autores latinoamericanos en general han visto el déficit más bien en la teoría, de manera tal que el punto de partida de sus reflexiones ha sido la incompletud de la sociología, antes que una sociología de la incompletud de la realidad latinoamericana. Con ello, han tomado prestado aparatos analíticos de los “centros”, pero al mismo tiempo mostrando sus limitaciones y yendo mucho más allá de ellos (Cortés, 2015, p. 59).

Precisamente, los cinco artículos aquí recogidos, más la reseña bibliográfica que acompaña a este monográfico, dan una buena muestra de la viveza del pensamiento social latinoamericano y de las inquietudes de sus practicantes. También, por supuesto, son trabajos que refuerzan la capacidad de autoobservación de la sociología latinoamericana y que, al mismo tiempo, ponen en valor su aspiración de autonomía, dada su condición periférica, frente a la siempre tentadora asimilación o recepción acrítica de los aportes teóricos y sociológicos de los países centrales. Este dossier, por tanto, es un espacio de reflexión sobre la propia disciplina sociológica en América Latina y, como tal, está caracterizado, a nuestro juicio, por tres grandes ejes temáticos: 1) el legado histórico de la sociología regional; 2) la capacidad reflexiva que

posee la teoría social latinoamericana, y 3) el desafío teórico introducido por el poscolonialismo.

La sociología latinoamericana y su legado histórico

Respecto del primer eje, podemos afirmar que una característica esencial de la sociología latinoamericana es la conciencia que ha tenido sobre su pasado y sobre los pilares en los que se ha ido construyendo. A pesar de los quiebres democráticos y las consiguientes dictaduras cívico-militares, a pesar de las fuerzas económicas y los embates neoliberales, a pesar de las modas teóricas y metodológicas foráneas, a pesar también de la tentación tecnocrática y economicista presente en los discursos públicos dominantes, el pensamiento social latinoamericano se ha preocupado por mantener latentes sus continuidades y sus tradiciones. La tarea de la sociología latinoamericana no ha sido otra que, precisamente, ir superando y sorteando esos obstáculos políticos, ideológicos, económicos y culturales (Roitman, 2008). También ha tratado de mantener presentes los aportes conceptuales, epistemológicos, metodológicos y teóricos de sus clásicos. Porque la sociología latinoamericana cuenta con unos clásicos que nos enseñaron, entre otras cosas, a hibridar disciplinas y corrientes teóricas, a densificar de manera teórica la sinuosa historia del continente, a dar importancia a lo económico y a la perspectiva histórica, a ser conscientes de la forma en que América Latina se insertó en el sistema económico mundial, y a reclamar, en fin, el siempre necesario componente utópico de nuestro pensamiento (Graciarena, 1988). Pues, como así creemos, muchos de los nudos de la realidad de hoy se pueden explicar, con las mediaciones adecuadas, acudiendo al pasado de nuestra disciplina. Esa mirada retrospectiva no solamente nos ayuda a encontrar los aportes originales del pensamiento sociológico regional, sino que además nos pone en aviso sobre la forma cómo se han procesado históricamente en América Latina los proyectos políticos desarrollistas y cómo influyen éstos tanto en las condiciones demo-

críticas de nuestra existencia como en la formulación de nuestro pensamiento. Porque pensar sociológicamente América Latina es, al mismo tiempo, advertir estas exigencias que han condicionado su posibilidad, su contenido, la organización de sus estudios, etc.; como también la manera en que han influido en todas esas cadenas de aprendizaje que se extienden desde los clásicos, avanzaron con sus discípulos, pasaron por sus críticos y nos llegan hasta el presente.

Reflexividad y teoría social en América Latina

Precisamente el segundo eje temático de este dossier vertebraba a nuestros ojos otro gran asunto clásico, y rasgo propio también de la sociología latinoamericana, como ha sido el de su capacidad de reflexión teórica. Es manifiesto que los aportes extranjeros fueron esenciales en un principio para el avance y posterior desarrollo de la disciplina. Incluso algunos de sus clásicos compartieron un origen foráneo; hecho que, por cierto, no les impidió implicarse en la búsqueda de la originalidad de nuestro pensamiento, ya que:

la sociología periférica no debería basarse en partidas de nacimiento, sino en el compromiso con la elaboración de determinados debates y agendas intelectuales. Autores de origen europeo, como José Medina Echevarría, o André Gunder Frank, entre muchos otros, contribuyeron enormemente, a mediados del siglo XX, para el avance de la sociología latinoamericana y periférica, de manera general. Por otro lado, muchos autores nacidos acá, instalados dentro o fuera de América Latina, poco contribuyen para la estructuración de una teorización crítica sobre la sociedad en la región (Bringel & Domingues, 2017, p. 26).

Puede decirse entonces que la sociología latinoamericana, en su pretensión de cientificidad y de autenticidad, fue consolidándose como ciencia de la realidad social regional, al mismo tiempo

que fue asumiendo una conciencia sobre sí misma, sobre cómo se había ido construyendo, con sus prácticas teóricas y metodológicas, sus contribuciones académicas e institucionales. Poco a poco la propia sociología latinoamericana se tomó a sí misma como objeto de revisión crítica. Este trabajo, tomado muy en serio y de forma prolongada por sus intelectuales, estimuló tanto el afán de revisión teórica de los iniciales referentes —llamados recientemente por Alejandro Blanco y Luiz Carlos Jackson (2017) como “jefes de escuela”—, como motivó igualmente el ímpetu de superación de las influencias forasteras. Por supuesto, la cuestión, como bien reconocía Waldo Ansaldi (2015, p. 36), no es negar los aportes extranjeros, “pero que tampoco sean reverencias inhibitorias”. Efectivamente, esta disposición de honestidad intelectual respecto del pasado y presente de la propia sociología latinoamericana constituye de por sí un claro ejemplo de su autorreflexividad. También se interpreta como una llamada a sumar “esfuerzos y voluntades” para seguir pensando teóricamente la región a partir de sus categorías, conceptos y formulaciones (Ansaldi, 2015, p. 36). De hecho, esta capacidad autorreflexiva que distingue a la sociología latinoamericana le permite presentar suficientes argumentos como para considerarse disciplina y comunidad creadora y productora de teorías e ideas. Gino Germani, en concreto, reflexionaba sobre esta cuestión hace más de 50 años. Sus palabras no pueden ser más actuales:

Frente a las teorías “foráneas” se insiste en la necesidad de una sociología latinoamericana *original*. Ahora bien, ¿qué puede significar esta exigencia? Si representa el deseo de que también los países de América Latina se transformen en *productores* de teorías, trátase por cierto de un deseo justificado. Sólo que ello no se logra con declamaciones, sino tan sólo *haciéndolo*, es decir, a través de la creación de una tradición científica seria (Germani, 1964, p. 5).

Así sucedió: las sociólogas y los sociólogos latinoamericanos tomaron (tomamos) en serio la advertencia de Germani. Resultó

que se fue creando una tradición científica de largo aliento, con sus escuelas, enfoques, practicantes, instituciones, asociaciones, publicaciones, medios, etc. Ese empeño de seguir pensando la sociología latinoamericana y de aportar nuevos insumos teóricos es el que plantea, justamente, el desafío poscolonial que constituye el tercer eje temático del presente dossier.

El desafío poscolonial

Efectivamente, la emergencia y consolidación del pensamiento poscolonial (Grosfoguel, 2016; Mignolo, 2009; Quijano & Wallerstein, 1992) ha implicado una opción por descolonizar teórica, política y epistemológicamente el mundo, superando la colonialidad global que persiste en los diferentes niveles de la vida, así como la búsqueda de una “epistemología otra”, un enfoque de conocimiento que no se sitúa en el ámbito de la modernidad eurocéntrica, sino que busca desarrollar una racionalidad diferente (Pinto & Mignolo, 2016). Esto ha permitido el rescate de autores indígenas, feministas y afrodescendientes postergados, por lo que ellos entienden como los procesos de “epistemicidios” eurocéntricos. Provocando en algunos casos una revisión de los cánones del pensamiento crítico de la región, rescatando otros ya consagrados, pero, sobre todo, estableciendo nuevas referencias. En las palabras del antropólogo colombiano Arturo Escobar, uno de sus más destacados exponentes:

La corriente decolonial nos empujaría a remar aún más atrás en la historia de los saberes, a escudriñar por todos los rincones históricos en busca de instancias de descolonización epistémica (...) sin duda, encontraríamos muchas voces indígenas, afrodescendientes y de mujeres que pasarían a ilustrar el archivo de pensamiento decolonial. Tendríamos que considerar también, ya en los albores del siglo XX, el marxismo, el anarquismo, el indigenismo y las primeras precursoras del feminismo (tales como María Cano en Colombia) (...) estos final-

mente estremecerían el edificio epistémico de las academias, de tal forma que pudiéramos empezar a tomar en serio lo que hoy llamaríamos ‘los conocimientos otros’ de los mundos subalternos (Rivera Cusicanqui, Domingues, Escobar, & Leff, 2016).

Si bien particularmente en Escobar hay una reivindicación del potencial descolonializante en el pensamiento latinoamericano, la crítica propuesta por este giro, en general, supone también un cuestionamiento de la autoridad de lo que podríamos denominar “nuestros clásicos”, por su posible connivencia con las lógicas eurocéntricas a la hora de utilizar matrices teóricas foráneas para explicar nuestra realidad. Cabe preguntarse en qué medida esta crítica no reproduce una imagen injusta de los sociólogos latinoamericanos como aplicadores pasivos y colonizados de categorías etnocéntricas. Aunque las perspectivas descoloniales promueven una renovación más próxima de la superación del pensamiento latinoamericano que en este número se releva, al mismo tiempo, el desafío que genera hasta cierto punto obliga al ejercicio crítico de volver a los albores de la emergencia de nuestra disciplina para cuestionarnos sobre la vigencia de ideas, debates y expresiones del oficio de la sociología latinoamericana.

Los artículos de este número

Después de habernos explayado en los tres ejes temáticos que caracterizan a este dossier, es pertinente detenernos ahora en los artículos que lo componen. De forma minuciosa iremos argumentando la selección de estos trabajos y el aporte que hacen a la reflexión epistemológica y teórica de la sociología latinoamericana. Precisamente el texto de Verónica Giordano, que abre el número, descuella por ser un ejercicio teórico que caracteriza de manera sucinta el desarrollo de la disciplina en la región como un proyecto intelectual crítico y de transformación social. Asumiendo un enfoque histórico y reflexivo, propio de nuestra tradición latinoamericana, esta autora nos muestra cómo la sociología

siempre estuvo muy conectada con los acontecimientos y vaivenes concretos de la vida económica, social y política regional. En ese sentido, podemos decir que la sociología en América Latina ha tenido un claro sello de cuestionamiento y superación de los órdenes sociales establecidos. Pensar sociológicamente ha implicado, sobre todo, apelar al cambio social y a la modificación de los sistemas de dominación y producción, y, por tanto, este ejercicio ha traído consigo el compromiso de crear formas más democráticas y justas de vivir en sociedad. Este artículo refleja cómo la sociología de la región fue capaz de articularse desarrollando un alto grado de “imaginación sociológica”, en el sentido ya clásico que estableció Wright Mills, es decir, un saber-hacer disciplinario que da sentido a la relación entre biografías, sociedad e historia.

El texto de Laura Moya, dedicado a la figura de José Medina Echavarría y su contribución a la reflexión teórica en América Latina, compone el segundo aporte de este monográfico. La elección intelectual que realiza esta profesora de este autor, canonizado como uno de los clásicos de nuestra disciplina (Morales, 2017), es del todo oportuna como buena muestra de la capacidad histórica que ha tenido la sociología latinoamericana de reflexionar sobre sí misma. El artículo presenta, desde una perspectiva hermenéutica, la historia intelectual y los debates alrededor de la teoría de la historia, una lectura actualizada sobre algunas ideas y conceptos fundamentales de este sociólogo del exilio español de 1939, y quien destacó, exactamente, por dar contenido teórico y debatir sobre la solvencia y los alcances de una sociología latinoamericana. De hecho, José Medina Echavarría, al igual que otros colegas de su generación, y ese también es el caso de Gino Germani o Florestan Fernandes, no solamente utilizó la ciencia sociológica para pensar la realidad contemporánea, sino que también quiso reinventar la idea misma de sociología. Una discusión teórica alrededor de cómo se construye la explicación en nuestro campo científico que fue central para el desarrollo disciplinar y que aún sigue vigente.

Decíamos que una característica de la sociología latinoamericana ha sido su capacidad de autoobservación, y el artículo de

Margarita Olvera ejemplifica esta querencia, si bien aplicada a un caso nacional como es el análisis y estudio de la sociología en México. Este tercer trabajo, enmarcado en una perspectiva de historia conceptual, reconstruye el proceso de institucionalización de la sociología mexicana desde principios del siglo XX hasta los años 60. Podemos decir que esas páginas transitan desde una primera fase institucional de la disciplina en ese país, bajo el liderazgo de Lucio Mendieta y Núñez, hacia una fase mucho más científica, etapa entonces comandada por Pablo González Casanova, quien por lo demás ha sido célebre por el desarrollo del concepto de “colonialismo interno”. Entre medias de ese arco temporal, por supuesto, la autora reflexiona sobre las consecuencias del triunfo de la revolución de 1910 en un naciente campo de estudios, las tensiones propias de su construcción en cuanto a debates teóricos y metodológicos, como también expone las dificultades que ha padecido la sociología mexicana por constituir una tradición propia de pensamiento a la par del proceso modernizador del país. No es arbitraria entonces la inclusión de este trabajo en el presente monográfico, pues ejemplifica los problemas análogos o parecidos que tuvieron que enfrentar otras sociologías nacionales según iban amoldándose, ajustándose o padeciendo el ritmo marcado por el desarrollo económico, social y político de sus sociedades. La reflexión también apunta hoy día, aprovechando la referencia del texto a la trayectoria de González Casanova, a cómo la sociología crítica y la teoría de la dependencia de la década del 60 nacieron y se pensaron como una nueva sociología de alcance regional (Beigel, 2006). De hecho, la eclosión de América Latina como unidad y marco teórico referencial fue asumida entonces por sus practicantes. Puede señalarse, por tanto, lo deudores que somos de esa perspectiva de entender a la región como problema y objeto de estudio.

Por su parte, el cuarto texto incluido en este dossier y firmado por Luis Escobar proyecta asimismo cómo desde una sociología nacional, en este caso la sociología argentina, hubo manifiestas intenciones en los años 40 del pasado siglo XX de conformar un diálogo regional entre los incipientes profesionales de la discipli-

na. Valiéndose de la perspectiva de la historia intelectual y de la historia social, el autor recupera en este trabajo la experiencia del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Más específicamente, toma al órgano oficial de esa institución, el *Boletín del Instituto de Sociología*, para mostrar cómo esa publicación recogió los debates de la época entre la llamada “sociología de cátedra” y la incipiente “sociología científica”. Ahí destaca, entre otros, el papel de Francisco Ayala que, al igual del ya citado José Medina Echavarría, fue también miembro del exilio republicano español de 1939. De hecho, la relación intelectual entre estos dos autores, uno residente en Argentina y el otro en México, se vehiculó incluso a través de las páginas de ese boletín con el claro fin de renovar la construcción de la ciencia sociológica y asentarla en pilares teóricos y empíricos más sólidos. Además, el *Boletín del Instituto de Sociología* se solapó en el tiempo con otras iniciativas editoriales en la región, motivadas por impulsar el pensamiento sociológico y por sacar del aislamiento a sus practicantes. Recordemos acaso empresas intelectuales como el Fondo de Cultura Económica, Losada, Paidós, la *Revista Mexicana de Sociología*, entre otras, que tanto hicieron por vincular personal y profesionalmente a las y los sociólogos de la región, aparte del importante rol que jugaron en establecer un lenguaje sociológico común. Otro importante nombre, que también aparece en el texto de Escobar y que quedará muy influido por el clima de esa época, es el ya citado Gino Germani. A ese autor, dada su primera experiencia profesional al alero del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, le quedó el aprendizaje de la necesidad de mancomunar esfuerzos e intercambios con otros sociólogos de la región, con el propósito de edificar una comunidad epistémica que demandaba, entre otros elementos, requisitos organizativos, mayor especialización y rigurosidad teórica y empírica. Así se comprenden pues sus energías para poner en marcha, en 1950, la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), como para encabezar además la renovación científica de la sociología regional al calor de la teoría de la modernización (Blanco, 2006).

La falta de autonomía para una adecuada institucionalización del campo sociológico ha sido señalada reiteradamente como un obstáculo para el desarrollo disciplinario (Beigel, 2010 y 2013). Si bien parece claro que la autonomía académica ha avanzado y retrocedido en determinados periodos de nuestra historia reciente, cada vez es más necesario hacer esfuerzos investigativos que permitan recuperar la trayectoria de la sociología en el continente. Solo así será posible testear concretamente el real grado de incidencia de la supuesta falta de autonomía. Por lo mismo, los textos de Olvera y Escobar contribuyen significativamente a la comprensión de las prácticas, biografía y medios de circulación de la sociología latinoamericana en un momento clave para la conformación del campo.

Si el poscolonialismo tensiona y desafía al pensamiento crítico latinoamericano y especialmente a la sociología, Cristóbal Villalobos, a su vez, hace lo propio al provocar al poscolonialismo latinoamericano en el quinto artículo incluido en el monográfico. Si bien el autor reconoce que el poscolonialismo es una de las respuestas teóricas más desarrolladas y diseminadas en la región, lo desafía a partir de la idea de que si existe un “vacío teórico” en el continente, este se debe no a un problema de su contenido (eurocéntrico), sino más bien a las limitaciones estructurales del régimen de conocimiento imperante en la región. La debilidad, precariedad y subordinación a la hora de producir conocimiento afectarían las posibilidades de despliegue de una teoría explicativa y útil para comprender la realidad. ¿Tiene sentido seguir insistiendo en la construcción de una “teoría social latinoamericana”? Para Villalobos la respuesta es negativa, aunque no por ello elimina la importancia de la dimensión regional como lugar de enunciación de teoría y conocimientos que aspira a ingresar en el campo científico mundial. Esto a pesar de su posición menguada en la división internacional del conocimiento. La aspiración ahora es a hacer teoría social por latinoamericanos y por latinoamericanas, haciéndonos cargo de la necesidad de

superar las debilidades del régimen de conocimiento que impera en el subcontinente.

Aparte de los cinco artículos que componen el cuerpo central de este monográfico, dedicado a pensar la sociología latinoamericana, el presente número incluye una reseña bibliográfica escrita por Camilo Garber referida al libro *El circuito extrainstitucional del poder*, del sociólogo chileno Antonio Cortés Terzi. Esas páginas analizan el caso de la construcción histórica, social y política del poder en Chile, teniendo al Estado como principal actor hasta el quiebre democrático de septiembre de 1973. La posterior dictadura cívico-militar implicó, entre otras cosas, el debilitamiento de la política formal tradicional y el ascenso de nuevos actores sociales, como el empresariado y su tecno-burocracia, que reunieron tanto el poder político como el económico y el mediático. Esa concentración de poder, mantenida e incrementada incluso con la recuperación democrática, supuso además la aparición de una lógica que prioriza la búsqueda de soluciones privadas y técnicas, no siempre democráticas, a problemas claramente de carácter público y político. Más allá de esos síntomas, la reseña es del todo provocadora a la hora de considerar a Cortés Terzi como un “clásico joven de la sociología chilena”. Esa etiqueta nos lleva a pensar acerca de la capacidad que tenemos hoy de incluir a nuestros clásicos contemporáneos y qué hay en juego a la hora de otorgar ese reconocimiento o de conceder esa canonización. En todo caso, esta consideración, a nuestro juicio pertinente, permite valorizar los aportes de autores que lograron proponer una serie de lecturas críticas y sociológicas contundentes, realizadas, la mayoría de las veces, a contracorriente en esos años bisagra de cambio de siglo y donde se respiraba un aparente “triunfo” en la región de los ideales y las recetas del llamado Consenso de Washington. Aporte que puede ser recuperado en momentos en que la sociedad chilena parece iniciar un proceso de tematización de esa herencia neoliberal (Garretón, 2016). Por otra parte, un diagnóstico del todo actual, al enfrentar el gran tema clásico de cómo se procesa el

capitalismo en la periferia y cómo la política quedó erosionada y vaciada ante las fuerzas económicas.

Para concluir esta presentación, vayan por delante algunas últimas reflexiones y palabras. En primer lugar, queremos aprovechar aquí de señalar que el recuento de la historia de la sociología en América Latina ha sido, sobre todo, el de una historia escrita en sus pasos iniciales por hombres. Sin embargo, y como una especie de desafío o nueva característica para pensar la sociología latinoamericana, se hace indispensable y necesario reescribir, interpretar y resignificar la tradición de nuestra disciplina bajo la importancia que han tenido y tienen las mujeres en su desarrollo, evolución, alcances y logros. Una buena muestra son algunos de los aportes contenidos en este monográfico. Y, en segundo lugar, deseamos agradecer a las autoras y a los autores su colaboración por sumarse a este esfuerzo colectivo de seguir pensando la sociología latinoamericana. Dista mucho tal vez de que el simple concepto de “sociología latinoamericana” sea un cuerpo homogéneo y consensuado, del todo cerrado. Tampoco era esa nuestra intención y así lo demuestra este dossier. Pues el simple ejercicio de seguir pensándola es el que le otorga todo su sentido, el que nos permite tensionarla entre lo nacional y lo regional, entre lo puramente sociológico y lo interdisciplinar, entre su pasado y su presente. Porque pensar la sociología latinoamericana es pensar que los problemas argentinos, bolivianos, brasileños, chilenos o mexicanos, por ejemplo, más allá de sus especificidades concretas, tienen que ver, al fin y al cabo, con la forma común y particular que tenemos de estar insertos en el mundo.

Referencias

- Agramonte, R. (1963). *Sociología latinoamericana*. Río Piedras, Puerto Rico: Editorial Universitaria.
- Ansaldi, W. (2015). Entre perplejidades y angustias. Notas para pensar las ciencias sociales latinoamericanas. En Y. Acosta, W. Ansaldi, V. Giordano & L. Soler (Coords.), *América Latina piensa América Latina* (pp. 15-37). Buenos Aires: CLACSO.

- Beigel, F. (2006). Vida, muerte y resurrección de las “teorías de la dependencia”. En *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano* (pp. 287-326). Buenos Aires: CLACSO.
- Beigel, F. (Dir.). (2010). *Autonomía y Dependencia Académica. Universidad e investigación científica en un circuito periférico: Chile y Argentina (1950-1980)*. Buenos Aires: Biblos.
- Beigel, F. (Ed.). (2013). *The politics of academic autonomy in Latin America*. London: Ashgate.
- Blanco, A. (2006). *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Blanco, A. & Jackson, L.C. (2017). Jefes de escuela en la sociología latinoamericana: Gino Germani, Florestan Fernandes y Pablo González Casanova. *Sociológica*, 90, 9-46.
- Brasil Jr., A. (2013). Linhas retas ou labirintos?: A tradução da sociologia da modernização nos textos de Florestan Fernandes e de Gino Germani (1960-1970). *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 28, 141-163.
- Bringel, B. & Domingues, J. M. (2017). Teoría social, extroversión y autonomía: dilemas de la sociología (semi)periférica contemporánea. *Prácticas de Oficio*, 1(19), 23-36.
- Chávez, J. M. & Mujica, F. (2016). Obstáculos epistemológicos en el pensamiento latinoamericano. ¿Por qué no tenemos teoría sociológica? En S. Caba & G. García (Eds.), *Observaciones latinoamericanas II*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio.
- Chernilo, D. & Mascareño, A. (2005). Universalismo, Particularismo y Sociedad Mundial: Obstáculos y Perspectivas de la Sociología de América Latina. *Persona y Sociedad*, XIX (3), 17-45.
- Cortés, A. (2015). La teoría en América Latina y la incompletud de la sociología: Comentario a partir de Fielbaum y Puga. *Cuadernos de Teoría Social*, 1, 50-64.
- Garretón, M. A. (Ed.). (2016). *La gran ruptura. Institucionalidad política y actores sociales en el Chile del siglo XXI*. Santiago de Chile: LOM.
- Germani, G. (1964). *La sociología en la América Latina. Problemas y perspectivas*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Graciarena, J. (1988). Una esperanzada visión de la democracia. *Revista de la CEPAL*, 35, 83-92.

- Grosfoguel, R. (2016). A estrutura do conhecimento nas universidades ocidentalizadas: racismo/sexismo epistêmico e os quatro genocídios/epistemicídios do longo século XVI. *Sociedade E Estado*, 31(1), 25-49. Recuperado de <https://doi.org/10.1590/S0102-69922016000100003>
- Mignolo, W. D. (2009). *La idea de América Latina: la herida colonial y la opción decolonial*. Madrid: Gedisa.
- Morales, J. J. (2017). *José Medina Echavarría. Vida y sociología*. México: El Colegio de México.
- Pinto, J. R. de S. & Mignolo, W. D. (2016). A modernidade é de fato universal? Reemergência, desocidentalização e opção decolonial. *Civitas-Revista de Ciências Sociais*, 15(3), 381-402.
- Poviña, A. (1941). *Historia de la sociología latinoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Poviña, A. (1959). *Nueva historia de la sociología de América Latina*. Córdoba, Argentina: Assandri.
- Quijano, A. & Wallerstein, I. (1992). La americanidad como concepto, o América en el moderno sistema mundial. *Revista Internacional de Sociología*, 134, 583-591.
- Rivera Cusicanqui, S., Domingues, J. M., Escobar, A. & Leff, E. (2016). Debate sobre el colonialismo intelectual y los dilemas de la teoría social latinoamericana. *Cuestiones de Sociología*, 0(14), 009.
- Roitman, M. (2008). *Pensar América Latina. El desarrollo de la sociología latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO.